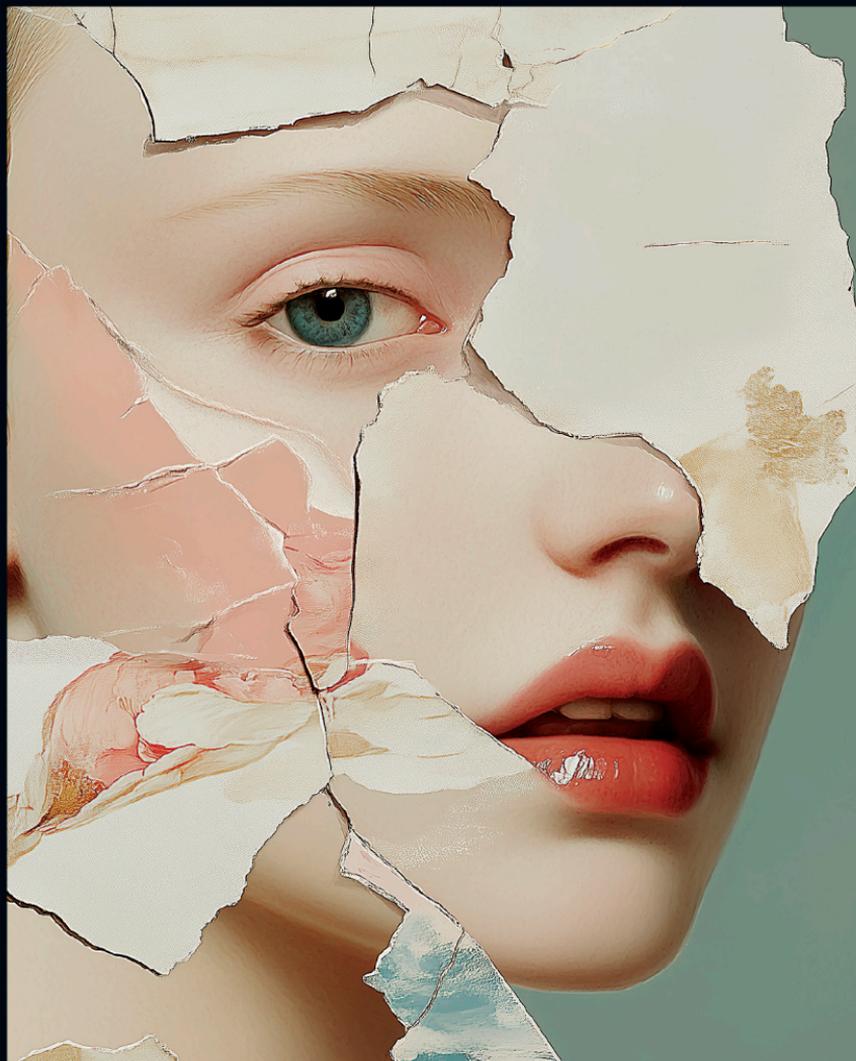


Huero

*El resabio de
una vida insustancial*

Catalina
Grimaldi



Huero

*El resabio de
una vida insustancial*

Catalina
Grimaldi



Índice

Capítulo I. Sementera	13
Primeramente soy.....	15
La felicidad del ignorante.....	17
Influenciable.....	21
Los años de soledad y depresión.....	43
Vivir sabiendo no es vivir.....	57
Resistencia.....	63
Definición.....	65
Capítulo II. Resignación	69
Trámites.....	71
Cementerios.....	81
Costumbre.....	87
Nada por aquí, nada por allá.....	103
Mentirosos que creen en sus propias mentiras.....	111
¿Esto es la vida?.....	115
Que no germina.....	116
Capítulo III. El olvido	121

A mi abuela Susana



*“Porque yo no pedí nacer
en forma de signo de interrogación.”*

ALEJANDRA PIZARNIK



Capítulo I

Sementera



Primeramente soy

La existencia no es más que una realidad. La vida, en cambio, acarrea una serie de complicaciones que van más allá del ser. Ambos términos son, a menudo, utilizados como sinónimos, y probablemente se deba a que la existencia le precede a la vida; la segunda no es más que una posible manifestación de la primera.

Para llevar a cabo cualquier acto, uno debe primeramente existir. Uno no necesita hacer nada en particular para existir. Incluso cuando morimos existimos; somos materia inerte pero “somos”.

Nada de esto resulta esclarecedor. Mucho antes de mi nacimiento las personas se preguntaban sobre el propósito de la vida humana; y, hoy, mientras yo cuestiono todo lo que conozco e intento buscarle un sentido a mis días, otras personas lo intentan con los suyos.

El asunto con la vida es que ningún ser vivo la eligió. Nuestra especie tiene la particularidad de nacer porque aquellos que no tuvieron poder de decisión en su momento, sí lo tuvieron cuando quisieron convertirse en padres. Es de conocimiento general, sin embargo, que esto no es

siempre así. Muchos nacimientos han ocurrido a pesar de la negativa de la persona gestante, ya sea a la hora de la procreación, de la gestación o de ambas. La decisión, de todos modos, sigue siendo de alguien, sin importar si es producto de la tiranía personificada o legislada.

La vida está biológicamente establecida por una serie de características: organización, crecimiento, reproducción, evolución, etc. La manera de vivir esa vida, en cambio, está determinada mayoritariamente por aquellos que deciden su existencia.

Los padres depositan en sus hijos esperanzas y sueños; el problema es que todos sus deseos no les pertenecen a sus hijos, sino a ellos mismos. Antes de nacer eligen todos los “infaltables”: nombres, religión, colegios... y les otorgan un contexto: condiciones de vivienda, situación económica, el país en el que crecerán, etc.

Incluso antes de nacer “somos en potencia”. Hay tantas posibilidades y tan pocas a la vez. Es difícil ser lo que queremos cuando todo lo que deberíamos ser ya lo eligió alguien más. Sobre todo porque la línea entre lo que somos y lo que nos enseñaron a ser es muy difícil de trazar.

¿Pensarías distinto?

¿Vivirías de otra manera?

¿Reirías más o menos de lo que te ríes ahora?

¿Siquiera serías algo parecido a lo que hoy llamamos seres humanos?

No hay respuesta.

La felicidad del ignorante

Una vez tuviste cinco años. Como todos. ¿Recuerdas algo de esa época?

No puedo decir con certeza si yo recuerdo algo.

Creo recordar cómo solía sentirme la mayor parte del tiempo, lo cual no es difícil considerando que casi siempre me sentía igual: feliz. A mis memorias sobre los momentos de absoluta e incuestionable felicidad, puedo adicionar aquellos que carecían de ella: “felicidad” y “tristeza” no batallaban por un primer puesto en el concurso de sentimientos que parecía estar (siempre) llevándose a cabo en mi alma. En la ausencia de la primera no figuraba la segunda.

Por ese entonces, yo tenía una vida cíclica, en donde experimentaba la escala emocional en su totalidad.

He aquí una situación hipotética: estás paseando en el medio de la nada en tu bicicleta, llegas a una montaña lo suficientemente alta como para hacerte tomar demasiada velocidad al momento de bajar por su pendiente. La caída es inevitable, lo sabés. Una vez en el suelo, luego del aturdimiento inicial, te volvéis consciente de que

te duele la muñeca de la mano derecha; también que el dolor no se parece en nada al del raspón que tenés en la pierna derecha. Sabés que te duele y podés reconocer la intensidad de ese dolor. Cuando tenés una vida cíclica sabés lo que te sucede y podés explicarlo, pero principalmente, sabés que, ya sea bueno o malo, lo que sea que estés viviendo, va a pasar, va a terminar.

Nuestras vidas son cíclicas por principio biológico y porque saber que sentimos en cierta forma nos hace saber que estamos vivos y, también, que siempre sentiremos. En esta existencia consciente sabes que si bien un sentimiento puede ser pasajero, la totalidad de los mismos no lo es.

El ciclo vuelve empezar una vez que termina y, aun si dejamos de estar al tanto de nuestra realidad, continúa. El único posible final es el nuestro.

Durante la niñez, todo lo que necesitamos es saber que estamos vivos. Vivimos sin que nos importe el futuro. La ignorancia es tal durante esa etapa que ni siquiera nos importa el presente de otros, sólo el nuestro. Diría que es en esta etapa en donde más exploramos el mundo como individuos; sabemos que formamos parte de algo más grande, pero lo hacemos de manera casi inconsciente. El “otro” viene a ser algo así como la música ambiental de un café. Todas las preocupaciones que acompañan al ser humano no le interesan al que no ha desarrollado memoria ni mucho menos ha sido instruido en los principios básicos de supervivencia.

Esa paz que se presenta al principio de nuestras vidas viene a ser una especie de consuelo para los años que le siguen, donde todo se vuelve un poco más difícil. He de aclarar, sin embargo, que no siempre es todo tan ideal, hay quienes nunca conocen sosiego alguno. Aunque, también es verdad, que hay quienes viven en la ignorancia toda su vida.

Todos los que “desconocen” en este mundo son un poco más felices y esto no es por no saber lo que va a pasar, lo que va a herirles o quiénes podrían haber sido si alguien más no lo hubiera decidido antes por ellos; es porque ni siquiera se plantean la posibilidad de estar viviendo por costumbre. Para ellos no hay motivaciones profundas, ni mucho menos irrisorias; para ellos los que se cuestionan la existencia son conspiradores y maníacos. Quizás no estén equivocados, y preguntarse para no obtener respuestas sea inútil, pero... ¿cómo parar una vez que se reconoce la ausencia de un sentido?

La verdad es que el problema no es la presencia de un incierto, sino la consciencia propia del mismo.

Reconocer lo estúpido del divague no hace más sencillo dejar de pensar, dejar de intentar encontrarle un propósito a todo.

¿Deberíamos dejar de preguntarnos sobre nuestro futuro sólo porque no obtendremos las respuestas hasta que no llegue el mismo? ¿Deberíamos dejar de pensar en la inmensidad del universo debido a la angustia que nos embarga al hacerlo? ¿Deberíamos dejar de pensar en la inminente muerte porque le tememos? ¿O deberíamos pensar

aún más en todo aquello que da vueltas en nuestras mentes, a veces como tema central y otras como relleno? ¿Y si nos preguntamos algo constantemente, obtendremos respuestas o después de un tiempo llenaremos el vacío con mentiras por cansancio?

Así como los verdaderos observadores callan todo lo que ven, los niños también lo hacen.

Observando es como descubrimos las mentiras que todos ocultan y es así como aprendemos a imitar. Nos convertimos en embusteros. Cambiamos aspectos de nuestra personalidad para complacer a otros. Incluso, a veces, lo hacemos porque creemos que nos complaceremos a nosotros mismos.

Es una pena que en un momento en el que no tenemos consciencia sobre la mayoría de los hechos que ocurren a nuestro alrededor, moldeemos tanto a la persona que seremos el resto de nuestras vidas. Sería tan bonito simplemente ser, sin que importen los condicionantes.

Las verdaderas preguntas de nuestra existencia serían, entonces, las siguientes:

¿Eras demasiado pequeño cuando decidiste esconderte?

¿Tanto como para que creyeras en tus propias mentiras?

¿Tanto como para que las hicieras carne?

Influenciable

Creo que todo inició cuando aprendí a comportarme. Cuando entendí que era más fácil fingir concordancia con los necios que dar batalla. No hay una edad específica para este tipo de aprendizaje. Es el resultado de reprimendas dirigidas a uno y de observar a otros ser reprimidos. Una a una todas las experiencias se van sumando y nos van moldeando. Forman parte de lo que somos.

Aprendí muchas cosas por mi cuenta y algunas otras las aprendí de aquellos que me rodeaban. Algunas tuvieron más peso que otras, pero todas fueron importantes o, al menos, formaron parte de mí.

Aprendí a no correr sobre terrenos irregulares (y desconocidos) cuando mi hermano volvió a casa empapado en sangre y tragándose los mocos que tantas lágrimas de dolor le habían provocado luego de que su piel se abriera en protesta a su estupidez.

Mi madre bailaba al compás de una canción popular que sonaba en la radio, mientras yo intentaba, en vano, no reírme de su falta de coordinación. Su voz se

acoplaba a sus pasos, no tenía más quejas para con ella, pues su canto, al igual que su amor, me acompañaba desde pequeña.

Mi hermano llegó en el medio de uno de sus giros improvisados. Cuando lo vio, pegó un grito de horror, y la cuchara, que usaba de micrófono, cayó al piso.

—¿Qué hiciste? —gritó mamá.

Caminaba abrazado a dos nenes con los que él solía jugar.

—¿Qué hicieron? —preguntó mamá otra vez y mirándome dijo con voz temblorosa—: Traé el botiquín que está en el baño.

Uno de sus amigos tomó valor y logró apaciguar la incipiente histeria materna al explicarle que se había caído jugando a las carreritas.

—¡Ay, Dios! Esto es para puntos... Dios... ¿Por qué hacés siempre lo que no deberías? —le dijo mamá a mi hermano.

La voz de mi madre llamando a Dios se escuchaba a través de las paredes del baño en el que yo me encontraba. De no haber estado yo misma tan asustada, me habría reído. Mamá siempre se volvía religiosa cuando la situación lo ameritaba.

Cuando volví con el botiquín —una caja de zapatos con tres curitas, un poco de alcohol, un agua oxigenada casi vacía y un par de gasas para nada estériles—, mamá estaba haciendo presión en la herida con un repasador que hacía pocos minutos servía para apoyar los vasos recién lavados.

Mi hermano estaba pálido. Por la ventana se asomaban tres cabezas que a duras penas lograban llegar al alfeizar. Más compañeros de juego, supuse.

—Llamé a tu abuelo, dile que necesito que nos lleve al hospital —me ordenó mamá y yo hice lo propio.

Durante el tiempo que duró todo el traqueteo, mi hermano se mantuvo más o menos igual: fracasando en mantener sus lágrimas sin derramar e intentando no gritar cada vez que mamá le pasaba alcohol en la herida. Intenté advertirle que esa no era la mejor idea, pero no me escuchó.

Mi madre, en cambio, mantenía un estado que oscilaba entre el enojo y la pena. Otros lo llamarían locura.

—¿Cómo se te ocurre hijo? Por Dios, qué inconsciente —decía mamá para minutos después abrazar a mi hermano y susurrarle algo que sonaría como—: pobrecito, en un ratito no te va a doler más, mi amor.

Por mi parte, intentaba no hablar demasiado. Era sabido que cuando mi madre se enojaba con uno de sus hijos, se enojaba también con el otro. Preparé todo lo que necesitaba para limpiar la herida —alejando el alcohol de las garras de mamá en el proceso—, y apagué el fuego de la hornalla sobre la que se cocinaba una mermelada de duraznos.

El viaje al hospital sirvió para tranquilizar los nervios de mi madre. Los médicos le dieron a mi hermano todos los cuidados que requería y en unas horas regresó a casa para ser mimado por mamá.

Unas horas después se apareció por mi cuarto luciendo espantado.

—¿Estás bien? —pregunté de inmediato.

Mi hermano asintió.

—Sí, estoy escapando de mamá.

—¿Por qué?

—Quiere pasarme un algodón con alcohol por la herida, otra vez.

—Mañana lo escondo de nuevo —le prometí con una sonrisa en mi rostro—. ¿Querés ver una película?

—Sí, por eso vine en realidad —me dijo.

Una sonrisa traviesa le iluminó el rostro antes de sentarse en mi cama.

Pocos minutos después de empezar la película le susurré:

—No vuelvas a hacerlo.

—No volverá a pasar —respondió también en un susurro.

Mi hermano era una de las personas que más me importaba en el mundo. Me asusté al verlo sangrar pero mi reacción estuvo lejos de ser similar a la de mi madre.

No entendí en ese momento que el comportamiento bipolar de ella, cuando alguno de nosotros se lastimaba, se debía al amor que sentía por nosotros. Tampoco comprendí que la ira era su mecanismo de defensa frente a la locura y que los abrazos repentinos eran el resultado del miedo que le generaba saber lo que podría haber pasado si algo hubiera ocurrido de otra manera.

No llegué a comprender nunca como es que las madres dejan de vivir enteramente para sí mismas en el momento en que se convierten en madres. Que una parte de ellas siempre estará pendiente de sus hijos, y que

en su amor no hay maldad, pero eso no significa que no pueda haber errores.

Siempre supe que no todos tienen la suerte de tener la madre que merecen, pero yo sentí toda mi vida que ella era la adecuada para mí. Gracias a la genética, por supuesto. Pero también se debía a que soy el resultado de lo que mis padres me enseñaron y de las relaciones que mantuve a lo largo de mi vida, y que, por ende, nos entendíamos porque ellos me crearon. Crearon todos los aspectos determinantes de mí.

A pesar de no ser fiel creyente del destino, me gustaba creer que tenía que ser ella la persona a la que debía llamar “mamá”. Me gustaba creer que nuestro vínculo tenía que generarse como se generó por motivos que me excedían, que desconocía y que no quería conocer. Prefería la explicación que no explicaba nada y que se basaba en todo lo que no se podía (ni debía) describir.

Mamá era una buena persona. Siempre le sonreía a los vecinos cuando tocaban —por millonésima vez— la puerta para buscar la pelota que sus hijos habían tirado en nuestro patio trasero. Nos permitía desayunar lo que quisiéramos las mañanas de lluvia porque sabía que nos costaba el triple ir al colegio, y nunca gritaba cuando se enojaba.

Mi mamá era buena porque realizaba todas las acciones que hacen que llamemos a alguien “bueno” pero, en especial, era buena porque realmente quería llevar a cabo tales actos. Nadie la forzaba, y estoy segura de que no había ninguna voz que en su cabeza repitiera, cual mantra, “*sé buena, sé buena, sé buena, sé buena*”.

Mamá me hacía reír como nadie. Contaba siempre los mejores chistes y reaccionaba de una manera graciosa a cualquier cosa que pasara.

Con mi hermano solíamos imitarla cuando se enojaba. Su respuesta sufría pequeños cambios acordes a la situación, pero más o menos sonaba así:

—Dejen de burlarse de su madre, mocosos.

—No nos estamos burlando —decíamos nosotros al unísono.

—Lo están. Yo los parí, los conozco, y si vuelven a hacerlo voy a encerrarlos en sus cuartos hasta el próximo año.

Siempre volvíamos a hacerlo y ninguna amenaza proferida se cumplía. Secretamente le divertía que la imitáramos.

Cuando mis padres se casaron, ella tenía dieciocho y el veinticinco. Papá estaba terminando la universidad y mamá iba a comenzar a tomar un curso de arte.

Las amigas de la madre de mamá solían decirle que iba a morir soltera. Le repetían cada vez que tenían la oportunidad, que toda jovencita respetable debía casarse, a más tardar, a los dieciséis. Mamá siempre decía que el día de su boda pidió que se sentaran en la primera fila de la iglesia para que observaran de cerca lo “respetable” que podía ser.

El padre de mi madre solía hacer negocios con el padre de mi padre. Nunca supe qué clase de negocios eran esos, pero mi madre me contó que durante el curso de una de sus reuniones, mi papá los interrumpió con el afán de saludar.

Mi abuelo materno aprovechó la oportunidad para preguntarle a mi abuelo paterno el estado civil de su hijo. La respuesta fue la deseada. Mi padre estaba soltero.

Cuando volvió a su casa le comentó a mi mamá que había conocido a un muchacho “buenmozo” que no tenía pareja. No le dijo que debía conocerlo pero se encargó de describirle detalles de él que ni siquiera conocía. Mamá no necesitó que su padre le dijera que quería que se casaran. Mi abuelo era excelente haciendo que las personas hicieran lo que él deseaba sin expresar sus deseos. Le endulzó el oído a mi madre, a la madre de mi madre y a los padres de mi padre.

Su matrimonio no fue por amor, pero aprendieron a apreciarse con el correr de los años. Ambos desarrollaron una rutina que, a veces, sentía que favorecía más a mi padre que a mi madre.

Nunca pensé en ellos como una pareja. Para mis ojos, mis padres, siempre fueron amigos que tuvieron hijos.

Papá era una figura presente en mi vida, no teníamos muchas cosas en común, pero me amaba. El problema era que no me amaba tal como yo era, amaba la idea que él había creado de mí.

Ambos solíamos discutir con regularidad y mamá actuaba como mediadora en nuestras peleas para evitar que pasáramos semanas sin hablarnos. Algunas veces esas peleas dolían demasiado y marcaban mis días siguientes.

Los temas a discutir se repetían con la misma frecuencia con la que se llevaban a cabo dichas discusiones,

dado que ambos teníamos la mala costumbre de cargar a cuestas viejos rencores. Era sólo en presencia del otro que los liberábamos.

Sin embargo, siempre supe que, a pesar de todo, si algún día me encontraba perdida en las profundidades de mi mente y necesitaba que alguien me tomara de la mano para encontrar el camino a casa, él siempre sería la persona a la que no haría falta que llame. Antes de darme cuenta ya tendría una mano entrelazada con la mía, y la otra apuntando hacia la dirección correcta.

Aprendí muchas cosas de mis padres. Las buenas las olvidé casi por completo y las malas se volvieron parte de mí.

De mi mamá aprendí a llorar a escondidas y a seguir adelante sin importar que tan mal me sintiera. Aprendí que la felicidad no es inherente del ser humano, que podés tenerlo todo pero sentir que te falta lo más importante.

De mi papá aprendí que el precio de acumular emociones sin expresar es muy alto, tanto como para cambiar quien eres por completo. Aprendí a terminar lo que empiezo, a actuar impulsivamente y a tener siempre una segunda carta guardada bajo la manga.

Todo esto será de ustedes dos cuando crezcan —nos dijo papá.

Era domingo. La peor parte de los domingos (el final del día que da comienzo a otra semana rutinaria) todavía no había llegado. Mi padre había decidido llevarnos a

mi hermano y a mí a conocer la oficina en la que llevaba a cabo el papeleo de la pequeña empresa de transporte que había fundado mi abuelo.

Mientras recorríamos los pasillos de su mayor orgullo, él mostraba su tan característico serio semblante. La única señal de que la estaba pasando bien era el brillo que se evidenciaba en sus ojos al describir las distintas secciones que se abrían paso frente a nosotros.

Mi hermano no estaba interesado en nada de lo que él le decía. No podía culparlo, era años más joven que yo, sólo le importaba jugar. Yo tampoco era demasiado mayor, tenía trece años pero, a diferencia de él, tenía algo que probarle a mi padre y él todavía desconocía el significado de la palabra “orgullo”.

Escuché atentamente todo lo que nos contaba, y antes de hacer una pregunta pensaba si podía adivinar la respuesta. No quería que me viera como a una tonta.

—Esa es mi oficina —dijo señalando a una puerta.

Cuando la vi, me pregunté cómo alguien podía trabajar en un lugar tan aburrido. Fue mi hermano quien puso en palabras mis pensamientos, aunque no sutilmente.

—Es horrible —le dijo a mi padre.

Lucía realmente horrorizado. Intenté no reírme cuando mi padre lo miró mal.

—No tiene que ser lindo, tiene que ser funcional y sobrio. Es un lugar de trabajo no una galería de arte.

—¿Qué es “funcional y sobrio”? —me preguntó en un susurro mi hermano.

—Un monstruo —le respondí también en un susurro para que mi padre no escuchara.

A mis quince las personas empezaron a preguntarme qué haría con mi vida. Yo no tenía ninguna duda al respecto, estudiar; después de todo, eso es lo que me habían dicho mis padres que debía hacer. Decían que hoy en día uno no puede pretender ser alguien en la vida sin un título universitario.

La elección de la carrera que estudiaría dependía de mí, sólo me pedían que no sea una carrera inútil, que “tuviera salida laboral”.

El primer error que cometí fue decirle a mi padre lo que había decidido (incluso antes de realmente decidirlo). Nunca lo había visto tan orgulloso. Sentí que al fin podía llamarme “su hija”, y que de ahora en más no habría ningún silencio que nos separara, siempre tendríamos tema de conversación.

El segundo error fue convencerme de que la elección era lo que yo realmente quería. Esto no era algo fácil de aceptar, ya que, desde el momento en que me volví consciente de mi equivocación, no pude parar de pensar en ella. Me perseguía a cada lado al que iba.

Me tomó tiempo poder aceptar que podía permitirme planear un futuro diferente al que mis padres habían pensado para mí. Tan así fue que para cuando finalmente arribó la aceptación, ningún “nunca es

demasiado tarde” podía revertir mis decisiones, puesto que ya era “*tarde tarde*”.

Desde el primer año de cursado tuve dudas, y en el segundo me permití reconocerlas. En el tercero, con veinte años, estaba lista para enfrentarme a mis padres y dejar sus sueños para perseguir los míos.

Intenté explicarles que apreciaba todo lo que ellos habían hecho por mí. Intenté demostrarles que entendía el motivo por el cual ellos esperaban que continuara con mis estudios.

—No dejaré de estudiar. Simplemente cambiaré de carrera.

—¿Por cuál la cambiarás? —preguntó papá.

—Arte.

—¿Arte? —preguntó con burla—. No seas ingenua. El arte no paga las cuentas.

—Mamá es artista.

Mi madre había permanecido callada durante toda la conversación, y cuando intentó opinar mi padre la frenó.

—Exacto, ¿pensás que ella paga las cuentas de esta casa?

—Hay muchas formas de vivir del arte —le dije obviando su pregunta.

—¿Podrías abandonar ese mundo de fantasía en el que vivís por un segundo? No hay manera de que ganes más dinero vendiendo un par de cuadros que trabajando en mi empresa. ¿Sabés cuántos chicos quisieran estar en tu lugar? ¿Sabés cuántos chicos no tienen ni la mitad de lo que vos tenés? —dijo papá.

—¿Estás segura de que no te gusta? —Preguntó mamá con calma—. Quizás creés que no te gusta porque estás estresada. ¿Por qué, mejor, no esperas a terminar el año y vemos?

—Lo que pasa es que no quiere esforzarse —le dijo papá a mamá—. Se pasa todo el día sin hacer nada. Ni siquiera sus notas son tan buenas como antes. Me pasé la vida trabajando para que pueda tener todo y así me paga.

Cualquier defensa era inadmisibile, así que esperé e intenté convencerme de sus palabras; después de todo, ¿qué tanto podían equivocarse los padres?

Sabía que, de todas formas, siempre querría algo más. Nunca pertencí al grupo de los que encuentran satisfacción con facilidad.

Viví la mayor parte de mi vida encerrada entre las paredes de mi mente, cuestionándome todo, imaginándome en esta y en otras vidas. Supuse que no importaba lo que yo deseara en el momento porque siempre querría más, quizás no de ese instante pero sí de los que vendrían. Siempre que conseguía algo, ya estaba en busca de lo siguiente.

Decidí que no importaba, que podía esperar, que podía simplemente hacerlos felices y luego vivir como yo quisiera. Sólo tenía que aguantar un poco más.

Como siempre, decirlo fue más fácil que hacerlo. Me encontré planeando cada segundo de mis días para asegurarme de cumplir con lo que se esperaba de mí. Cuando me desviaba un centímetro del camino a seguir para ser una hija ejemplar me obligaba a recordar que

yo no tenía el derecho a quejarme, que era una afortunada y debía comportarme como tal.

Unos meses más tarde mis padres fallecieron en un accidente de tránsito. Iban de camino a visitarme a la ciudad, cuando mi padre —que era el que siempre conducía si viajaban—, perdió el control del vehículo.

No lloré el día en el que murieron, pero sí lo hice al día siguiente, cuando entré a la casa en la que solíamos vivir todos juntos. Cuando el hogar que nos vio crecer a mi hermano y a mí quedó vacío.

Lloré cuando vi el perfume de mi madre a medio llenar; cuando noté la alacena repleta de comida, como si las compras hubieran sido hechas ese mismo día; cuando me percaté de que la ropa que mi padre debía usar para ir a trabajar se encontraba doblada en la silla de su habitación, lista para ser usada; cuando leí en la libreta de mi madre “retirar remedios en la farmacia” y “reunión de padres en el colegio: Martes 18 - 11 hs.”. Lloré cuando vi vacía una casa que no estaba lista para ser abandonada.

Lloré en el baño, sola, sentada en el inodoro y con la canilla del lavabo abierta para que nadie me escuchara. Lloré mientras mi hermano se preparaba para dejar atrás el lugar en el que crecimos y mis familiares ayudaban a empacar nuestras pertenencias.

Todo ocurrió muy rápido, no había tiempo para guardar luto. A diferencia de mis padres, nosotros teníamos una vida que vivir. Seguimos adelante y fingimos que nada había pasado.

Se decidió que mi tío se haría cargo del negocio familiar y que mi hermano viviría con mis abuelos. El perro que acompañaba siempre a mi padre también quedaría a cargo de ellos; y al levantar su cabeza, cada vez que escuchara el ruido de unos neumáticos arrastrar el empedrado del garage, descubriría que la persona que llegaba a casa no era papá.

La casa se pondría en venta y otros niños correrían por sus pasillos. Los dibujos que hicimos con fibrón permanente serían tapados con un nuevo empapelado y el aroma de las comidas de mamá ya no sería el de nuestra mamá.

En un último acto dramático escribí en un papel todos los sueños que tenía y los guardé en el cajón de la mesa de luz de la que pronto sería mi vieja habitación. Nunca más me permitiría pensar en ellos.

Sus muertes alejaron cualquier duda que tenía sobre mi vida.

¿Qué es una hija que no les genera orgullo a sus padres?
Inútil. Desagradecida.

No podía permitirme abandonar los sueños que, en vida, les hacían sentir tanta felicidad. No podía permitirme vivir en pos de mis deseos cuando era la única persona que podía cumplir los suyos.

Desde la muerte de mi padre, su empresa no había vuelto a ser la misma. Empezar en un país inestable no siempre salía bien y, en vida, él se encargaba de hacer

los ajustes necesarios para que, adversidad de por medio, pudieran salir a flote sus empleados y su familia.

Mi tío, a diferencia de mi padre, no era un apasionado por los negocios, y al tomar las riendas de la empresa se encontró con varios problemas que no supo resolver. A medida que los costos aumentaban, los salarios se estancaban y las quejas se alzaban.

Los problemas económicos cambiaron el estilo de vida de mi familia. Mis abuelos, quienes hacía tiempo estaban jubilados, volvieron a trabajar. Ella vendía piezas de cerámica que creaba en el garage donde antes dormía el auto que ya había sido vendido, y él volvió a ayudar a su hijo en la empresa.

En la ciudad, yo vivía junto a mi mejor amiga S. y su hermana. Nos habíamos conocido en la escuela cuando éramos sólo unas niñas y permanecimos casi inseparables desde entonces.

La convivencia era fácil, las tres cursábamos durante muchas horas, así que pasábamos poco tiempo en el pequeño departamento que alquilábamos.

Dormíamos todas en la única habitación que teníamos. Las hermanas dormían en una cama de dos plazas, y yo en una de una plaza; las ubicamos pegadas la una a la otra. No había demasiado espacio, pero habíamos logrado ubicar nuestras cosas para que no estorbaran.

El único problema que teníamos era una gotera en el baño. El novio que mi amiga tenía en ese entonces, había tratado de encargarse de ello e incluso una vez contratamos a un señor para que lo hiciera, pero la gotera nunca se iba.

